



Alonso Zamora Vicente

La Verbena

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

La Verbena

Agosto arriba era la verbena. Durante muchos días se la esperaba, misterio creciente, alegría dispersa por el aire: la verbena. Las tiendas pintaban las puertas, arreglaban los letreros, hacían nueva propaganda, daban regalitos por más de cada cinco pesetas de gasto, y había rifas en combinación con la lotería nacional, y unas señoras muy tiesas, enlutadas, algunas con impertinentes, venían a casa a pedir para los pobres del distrito. La Virgen de la Paloma, en el cenit de agosto, botijeros en la calle, pregón de melones, un zumbido oscuro de invisibles tábanos, calor, una brisa refrescante en el nombre: la verbena. Días antes de la llegada oficial, se poblaban las calles cercanas de montones de maderos, fieras mutiladas, hierros dorados, un confuso caos del que poco a poco iban saliendo, creación [100] repetida, los contornos de las múltiples máquinas de diversión. Allí estaban los caballitos grandes a motor, (una verdadera locomotora), y los pequeños, movidos por los muchachuelos, y los medianos, que arrastraba una mula tuerta y delgadísima. Del vagón de ruedas salían los caballos de madera, todos tascando el freno, pintados de colores o con lunares sobre blanco, sus cuatro patas al aire, esos cascos que nunca llegan al suelo, una nostalgia de trote deteniéndose, una distancia de soberbia doblegada y dócil a la mano. Embobamiento total, la pianola del tío-vivo grande, un armatoste eléctrico con muñecos que bailan y tocan algún instrumento, un sonido ya lejano en un sur inalcanzable, no sé si órgano o piano o hierros golpeando, sonar de esa pianola y no otra, el hombrecillo una pierna atrás y adelante, la cabeza medio girando y un palito que sacude un triángulo, impasible la figurita y repitiéndose, mientras pasan una vez y otra los caballitos subiendo y bajando, los cerdos que van balanceándose, y los bancos, una estirada curva de cisne con niños acompañados de mayores, espejos que brillan con el giro, repetido destello, y la figura insistiendo en sus gestos, y la campana grande que anuncia el viaje o la parada, un ligero penacho de humo en la cima, misterio increíble de la máquina. Y el organillo de los pequeños, los caballitos pequeños y baratos, que podíamos tocar a cambio de un viajecito, y el empujarlos, que no se enteren en casa, envuelto en un montón de críos insaciables, la caricia suavísima del [101] aire cuando, entre empujón y empujón, me siento en marcha sobre el suelo, los pies colgando fuera. El carrusel, un volver ondulado y muy aprisa, y los columpios, a ver quién llega más alto, prohibido ponerse de pie, y la noria, un subir y bajar dos a dos, con unos saquitos de arena atrás, sí, como una, recogida casita azul o verde, un impreciso perfume de cenador en verano, de butacas de mimbres o de tablillas y a la sombra, como un sueño interrumpido cuando el hombre se cuelga por detrás, junto a los sacos, y, suspensos en el aire por un momento (otra vez fugaz el huerto, una sombra buena), las detiene. Cuando al fin sujetan la barquilla con la argolla del poste, se quebranta la ilusión pasajera, y humo de churros, olor de aguardiente. A probar la fuerza. Seis pelotas diez céntimos, sabor del viaje por un río impenetrable. Con la rueda era mucho menor la intimidad, era el simple placer de contemplar los balcones del segundo muy de cerca, y abajo la gente chiquitita, absurda locura de ver el tranvía por el techo, rodeado de gentío,

casi como si lo llevaran en hombros, y luego, el lento bajar: una lata. El hombre más pequeño del mundo, caballitos, calesitas, carrusel, noria, velas y vueltas, diez céntimos el viaje, alegría sin objeto durante un instante y un puntual acceso a cada giro de eso que da en la barriga, y contentándose.

Por las noches era la kermés, ahí no van los chicos. Durante todo el día había que pedir entradas para los mayores y sus amigos en los comercios: [102] que vaya el niño, yo ya he ido, y el niño que va a la tienda de sedas, y a la planchadora, y a la lechería, y a la mujer del periódico, y a la cacharrería donde compra las construcciones recortables, y en unos sitios le dan y en otros no, cómo vas a ir tú al baile. Por la noche la kermés era en el atrio de la iglesia de San Andrés y un par de plazuelas más, muy bien aisladas con vallas de madera, y yo la veía desde los balcones, solo y cabeceando, grandes gritos para el concurso de pelo largo, y el de chotis, y ahora es la tómbola, y la reina de la belleza, un sueño profundo viniendo de lejos, polvo, ruidos, pregones, y encontrarse en la cama sin saber cómo, la pianola de los caballitos entrando a raudales por el balcón, es la verbena de la Paloma, explosiones de probar la fuerza, siempre toca, ahora es de chupen, va premio, y en la duermevela extinguiéndose (cuánto ruido) percibo el jadeo del motor de los caballitos, el crac-crac de la noria, las campanas de cada cosa, el ras seco del columpio en el tablón que frena, una mujer de madera vestida de torero entre cada soporte, y parpadeo, ay si no hubiera tanto ruido, una sirena, pitos, alguien que sube por la escalera, cómo enterarme de qué hay en esa barraca sólo para hombres, qué sueño tengo, la sirena del carrusel. A probar la-. Mañana fresca, esperanza ilusionada de volver a empujar, por la tarde, los caballitos pequeños, gozo del aire en las piernas colgando, y deslizándose.

La procesión, quince por la tarde. Los balcones [103] estaban adornados, mantones, colchas, banderas, una luz desolada de atardecer anticipándose. Regaban varias veces la calle, la enarenaban por los caballos, había guirnaldas de papeles coloreados por las calles, una expectación tranquila. Salía la procesión por las Tabernillas, los romanones primero, brillantes las corazas, asustadizos los caballos. Se oyen los pitos, el silbido de los carruseles, el rezo se perfila puro sobre un silencio extraño, repentino. La cruz alzada, los monagos charlando. Luego, las filas de devotas, carcajada total de los Tubos de la Risa, muchas mujeres con velas, estandartes en el centro de la calle, allí va doña Amalia, descalza como el año pasado, es para que se le casen las sobrinas, sí, sí, no hay quién cargue con ellas, y doña Julia, como siempre, tan cansada, tan frágil, y otra algazara de los Tubos de la Risa, no saben que pasa la procesión, deberían pararse este ratito, ahí viene Susanita, llevando el estandarte de la Hermandad del Refugio, y Julián el carnicero, con la bandera de la Cofradía de los Gremios, lleva traje nuevo, más mujeres con velas, unos cuantos niños de comunión, los seminaristas, las Hijas de María, y la Virgen ya, Nuestra, Señora de la Soledad, un cuadro encima de un carramato cubierto de flores, con unos cuantos niños vestidos de angelitos encima y rodeando la imagen, y un mantón de Manila tapa la espalda del cuadro, y luego vienen los curas revestidos y las autoridades, don Joaquín con una faja morada, es el teniente alcalde y saluda [104] a los balcones al pasar. Sigue la banda militar, un oscilar de los plumerillos rojos del ros según marcan el paso, y la carroza real, con sus caballos blancos, empenachados, y los palafreneros de peluca, vahos de incienso, flores que caen de balcones y ventanas, gente que se amontona detrás de la carroza y espanta a los caballos, de nuevo el griterío de los tiros al blanco, de los botijeros, de los dulces, garrapiñadas de Alcalá. A probar la suerte, el timbre largo e igual del destino acertado, pregón de sombreros y trompetas de papel, una sirena, humo de churros, los tranvías atascados que se ponen en marcha a duras penas, tin-tin y sin poderse mover, la

procesión perdiéndose por la calle del Humilladero, luz enfriándose, y la pianola de nuevo, como un viento renovado, cohetes, inútil buscar el rastro de la procesión en la verbena, algo pasajero, como una cenefa desprendida de la tarde ruidosa, una suave tristeza, vuelta más vuelta, ya de noche. A probar la fuerza, el monigote de la pianola dándole a la cabeza y al triángulo inacabablemente, y resonando, resonando.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

